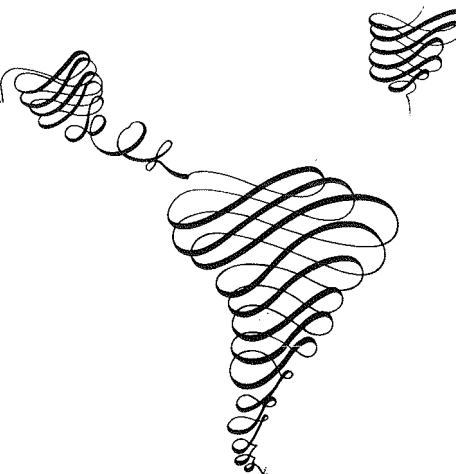




Meditación sobre la crisis económica

«¿Quién sabe cómo?» «¿Podemos saber?»

*ENCABEZAMOS esta meditación sobre la crisis con dos preguntas que remedan sendos programas televisivos de masiva audiencia. ¿Alguien sabe cómo salir de la crisis? ¿Podemos realmente salir de ella? Ambas cuestiones carecen de respuesta desde análisis científicos. Las respuestas las dan los políticos, a quienes puede perdonarse la temeridad de vaticinar que la crisis es transitoria; al fin y al cabo, deben transmitir esperanza y se mueven en el terreno, no de lo que es, sino de lo que debería ser, según ellos mismos lo definen mediante propósitos voluntaristas. A los economistas, en cambio, debemos exigirles análisis de hechos, inferencias y demostraciones, porque lo suyo es —dicen— **ciencia positiva**.*

Es cierto que algunos economistas se han atrevido a aventurar soluciones a la crisis y a definirla, por tanto, como transitoria, sirviendo como base argumental al discurso de los políticos occidentales. Pero, frente a estos economistas del «stablishment», surgen hoy otros muchos, menos integrados en el capitalismo, que niegan carácter científico y por tanto predictibilidad a las predicciones de los primeros.

Si los políticos consiguieron con algún éxito doblar la realidad en el pasado, ningún hecho demuestra que lo estén consiguiendo en el presente y mucho menos que puedan conseguirlo en el futuro. Al contrario, comprobamos que sucede justamente lo que con sus medidas pretenden evitar. Sin eficacia de la acción política y sin certeza predictiva de los economistas, nos hallamos sumidos en una incertidumbre existencial, que nos desconcierta ahora, cuando muchos pensaban que éramos capaces de controlar todas las variables. Analicemos el problema por partes.

1.º El modelo de economía de guerra ha periclitado

*EN el ya lejano 1968 Eliot Janeway constataba que la guerra había sido siempre «causa directa e inmediata de los ciclos de reactivación económica... A cada guerra sucedió un período de gran expansión económica». Esta afirmación, evidente para los vencedores, ha resultado históricamente también verdadera para los vencidos, como lo demuestran el llamado **milagro alemán** de la postguerra y el espectacular salto de la Italia derrotada. Pero ¿cómo reactivar la economía cuando ya no hay guerras de destrucción masiva que liberen los «stocks» ni países arrasados que deban ser reconstruidos? ¿Es ni siquiera posible mantener un crecimiento sostenido cuando el mercado de la paz no alcanza a compensar el mercado de guerra?*

Si, además, tenemos en cuenta que más del 14 por 100 del flujo económico mundial (mercancías y empleo) depende directamente de la industria de guerra y ésta en tiempos de paz ralentiza necesariamente —y venturosamente— su actividad, parece empíricamente diáfano que el modelo ha perdido definitivamente validez. Es duro constatar los efectos perniciosos del bien absoluto que es la paz, pero resultaría todavía más duro aceptar la invención de guerras y avivar la agitación nacionalista para garantizar la prosperidad.

2.º El mito de la expansión indefinida del consumo también se ha derrumbado

Las crisis modernas en los países desarrollados no son debidas, como en tiempos pasados, a la escasez, sino a la

abundancia. Keynes hablaba de la expansión indefinida del consumo, basándose en la innata propensión del hombre a incrementar su bienestar. Los hechos han demostrado que esta predicción tenía un límite matemático. Durante años hemos consumido mucho más de lo necesario: hemos comprado un segundo o tercer televisor porque el nuevo modelo tenía euroconector, teletexto, imágenes múltiples en pantalla o posibilidad de interacción con la emisora. Hemos duplicado el vídeo porque el primero era de sistema BETA o porque no podía programar la grabación con una antelación superior a las 24 horas. Hemos cambiado de ordenador porque cada dos meses un modelo mejorado dejaba enanos de RAM, HD y MZ al anterior. Hemos sucumbido a modas de un año o de unos meses que arrojaban a la basura trajes nuevos. Hemos creado una cultura de «cambiar de coche cada dos años» creando paralelamente un impresionante mercado de segunda mano y eliminando millones de futuros compradores de coche nuevo, que lo hubieran sido en un sistema de producción más acompasado a las necesidades reales. Pero, colectivamente, hemos alcanzado ya el límite matemático de la ecuación keynesiana.

El consumo indefinido ya fue puesto en entredicho por Samuelson cuando escribió en los años cincuenta: «podemos almacenar muebles en el salón, pero cuando éstos llegan hasta el techo, es imposible comprar otros si no arrojamos los primeros por la ventana o un incendio destruye la casa». Esta advertencia cayó en saco roto, porque limitaba la posibilidad de beneficios de las empresas y el modelo keynesiano producía colateralmente el saludable efecto de proporcionar empleo y elevar los salarios. La crisis actual, resistente a toda medida convencional, ha puesto al descubierto que el principio de crecer sin freno produce gigantes con pies de barro y ha hecho que emporios como IBM o VW se tambalearan.

3.º La mundialización de la economía produce necesariamente crisis en el mercado desarrollado

MUCHOS acusan hoy a los llamados tigres asiáticos y a otros países en vías de desarrollo de ser en gran parte los causantes

*de la crisis. En esos países se produce a costes más de diez veces inferiores a los de Europa occidental, debido a que los trabajadores cobran salarios irrisorios, toleran jornadas de diez horas, carecen de sistemas de protección social y se convierten en auténticos kamikazes de la productividad. En consecuencia, por la implacable ley de los **costes comparativos** (Ricardo), los productos «made in Taiwan, Hong-Kong o Corea» invaden todos los mercados, produciendo un deterioro creciente de la producción y del empleo en los países desarrollados. En Europa nos lamentamos de este «dumping» social y muchos se preguntan si es posible relanzar la economía sin empobrecernos y sin que los trabajadores pierdan muchos de sus derechos adquiridos.*

***LA** perspectiva de que esta consecuencia sea inevitable resulta traumática, pero deriva de la implacable lógica de los principios del liberalismo que todos hemos suscrito. Manteniendo nuestro actual nivel de salarios y de protección social, jamás podremos competir con los tigres y menos con las ardillas que, dentro de unos años, los sustituirán. Elaborar políticas defensivas y establecer regímenes de excepción y barreras aduaneras para hacer impenetrables nuestros mercados contradiría toda nuestra filosofía de base y al mismo tiempo provocaría reacciones también proteccionistas en los mercado que queremos conquistar.*

En una economía mundializada, las condiciones tenderán necesariamente a homogeneizarse en un doble sentido: ascendente y descendente. El desarrollo de terceros países conllevará su acceso a la democracia y a las conquistas sociales, lo que reducirá su ventaja competitiva respecto del mundo desarrollado. Esa es la esperanza ingenua de muchos. Pero, paralelamente los tigres de hoy dejarán de ser atractivos para las inversiones de las grandes multinacionales y éstas no retornarán al primer mundo, sino que establecerán sus factorías en otros países todavía más pobres que los actuales tigres, donde la mano de obra sea barata y la protección social inexistente.

Habrán de pasar muchos, muchísimos, años hasta que esta dinámica global reequilibre con justicia el mundo. Mientras se completa este proceso, parece lógico reconocer que la crisis es estructural y no mera coyuntura que pueda superarse con remiendos del sistema, por muy ortodoxos que sean.

4.º Todas las medidas propuestas para salir de la crisis contienen contradicciones insuperables

*LA prosperidad de Occidente se diseñó sobre bases que han quebrado. El **estado del bienestar** se planteó a principios de siglo como salario diferido de los trabajadores y empresarios. Se fundamentó en predicciones que han resultado erróneas: el trabajo generalizado de la población activa y la estabilidad de la esperanza de vida. Es evidente que la tasa de ocupación disminuye y tiende a disminuir más y que la esperanza de vida aumenta. Con ello se produce un efecto bien conocido: la población que alimenta las cajas de previsión debe soportar cotizaciones demasiado gravosas para poder mantener la creciente tasa de jubilados. Bástenos consultar la EPA para constatar que en España cada dos personas activas deben financiar a un pensionista y cada cinco personas que trabajan, a un parado. Desde cualquier ángulo que se analice el problema, se llega a la misma conclusión: el estado de bienestar se está comiendo las rentas del pasado y se encuentra en quiebra técnica a la que puede ponerse un plazo exacto para certificar su definitiva bancarrota.*

A pesar de estas evidencias, todavía el sistema capitalista confía en sí mismo y pretende abordar la crisis actual con los mismos remedios con que abordó las crisis precedentes, sin percatarse de que la actual es cualitativamente diferente.

*Insisten nuestros empresarios y gobernantes en que, para crear empleo, es preciso potenciar la **competitividad** mediante la reducción de costes salariales, sociales y financieros.*

Pero está claro que la manera más drástica de reducir los costes salariales no es reducir los salarios ni abaratar el despido, sino reducir el número de trabajadores. Tanto más

competitiva será una empresa cuanto más capaz sea de producir más con menos empleados. Está también claro que el relanzamiento de la economía no consiste en producir más sino en vender lo que se produce. Cuando tengamos en España las mismas condiciones de competitividad (en coste y en calidad) que el resto de los países europeos, ¿qué podremos venderles que ahora no les vendamos? ¿Vendrán los empresarios extranjeros a crear empleo en España cuando tienen otras opciones más baratas?

Las mismas contradicciones afloran en el resto de medidas concretas: si el dinero se abarata demasiado, no resultará atractivo el ahorro y no se producirá la necesaria acumulación capitalista, previa a la inversión; si se distribuye el trabajo disponible, habrá tal vez menos parados, pero no más bienestar, porque los salarios y las cotizaciones disminuirán; si se trabaja más horas o durante más años, habrá miles de trabajadores que no podrán acceder al empleo; si se limitan los subsidios de parados y jubilados, consumirán menos y girará más despacio la máquina productiva, etc.

Y no queremos entrar en la verdadera bomba de relojería que la superproducción está activando y que puede esquilmar los recursos naturales y destruir el medio ambiente del planeta. Lo más grave no será que nuestros hijos no tengan empleo, sino que tal vez no tengan un mundo respirable.

EL análisis arroja unos resultados ciertamente pesimistas sobre el futuro de nuestro modelo de desarrollo. Es preciso repensar desde cero los valores que lo mueven: desde la **función económica de la familia**, que tal vez aliviaría ventajosamente a la sociedad de la carga y del hielo afectivo que suponen las residencias generalizadas para los ancianos o las granjas-guarderías infantiles para que las madres puedan trabajar, hasta la recuperación operativa de ideas tan enraizadas en nuestra tradición espiritual como la **austeridad**, cuya práctica parece en ocasiones un pecado que crea desempleo por no consumir hasta el límite de nuestras posibilidades, como exige la lógica del sistema.